



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Setiembre de 1884.

Número 33.

LA GAITA MASÓNICA

—Mi amo.

—¿Qué quieres? Blas.

—Otra *metáfora* como la de marras. Quisiera que me explicase V. el ruido ese que anda por ahí sobre la masonería y los masones, y sobre esa Enciclica que dicen ha dado Su Santidad condenando á todos los del *mandil*. Ya sabe V. que me gusta oler y.. francamente, enfermaría de la nariz si no la introdujese en asunto de tanta importancia.

—Pues, hijo, si lo que te has propuesto olfatear es el masonismo, ya puedes preparar agua de colonia.

—No estaba yo en esa creencia. Precisamente acabo de hablar con un amigo que me ha puesto los masones á las nubes.

—¿Qué amigo? ¿aquél que te echaste en la *límba* del tío Pelagatos; aquél comerciante relajado de los riñones que le pegaba á su mujer tres palizas diarias y se bebía tres azumbres por hora.

—Pues mire V. es un amigo muy *liberal* y muy *hombre*; que ha andado mucho en eso de las sociedades secretas, y dice que la masonería es la cosa más santa que se puede inventar, porque ella socorre á los *hombres* sin meterse en sus ideas con tal de que...

—Si señor; con tal de que, cuando llegue la ocasión, hagan el oficio de Sacamantecas, aunque sea á costa de perder la suya.

—Pero mi amo, si dicen que es una asociación benéfica para hacer *marchar* á la humanidad.

—¿Lo dirá eso tu amigo por lo que corre su mujer cuando le pega las palizas?

—Vaya, mi amo, veo que V. no piensa como mi amigo. De todas maneras, quisiera que me contase V. lo que sepa, y me convenciese de que...

—¿De que la tal masonería es una *pillesca* cubierta con varias caretas para engañar al mundo? Pues no hay inconveniente. Escucha y lo verás. ¿Has oído aquello de que por el fruto se conoce el árbol?

—Si señor que lo he oído, y por cierto que es una gran verdad.

—Pues bien: si yo ahora te demuestro que la masonería es un árbol plantado en la sociedad para perderla, porque todos los frutos que dá son corrompidos y venenosos, te habré probado que es mala y que hay que huir de ella á todo trance.

—En efecto, si tiene *tan mala sombra*...

—La tiene peor que una higuera en mal año. Y si no dime ¿tú sabes lo que es *bueno* y lo que es *malo*?

—¿Se burla V., mi amo? ¿pues no lo había de saber? Bueno es... todo lo que es contrario á lo malo; y malo...

—Justo; todo lo que es contrario á lo bueno. Te habrás que-

dado descansando, Blas. Pero en fin pase la contestación que aun me sirve. Dime ahora ¿Jesucristo fué bueno?

—Y ¿quien puede negar eso?

—¿Quién? Los masones, que hasta se han atrevido á llamarle *infame*.

—¡Ave Maria Purísima!

—No empieces con aspavientos, Blas. Antes de acabar, yo te probaré todo lo que digo, y te pondré de manifiesto cómo esa masonería que se la echa de *culta*, y de *mística*, y de *púdica* y de *filantrópica*, y de no sé cuantas mentiras más, es solo una sociedad enemiga acérrima del nombre Cristiano, enemiga de todo bien, enemiga de toda verdad, enemiga de todo reposo; en una palabra, es la sociedad de los malos contra los buenos, apoyada por los tontos, consentida por los egoistas y tolerada por los indiferentes; y para que lo creas te seguiré preguntando. Dime ¿la familia es cosa buena?

—¿Que preguntas tiene V.! ¿Había de ser mala la familia que es la base de la sociedad?

—Pues si no es mala, calcula lo que será la masonería que ha venido haciéndole la guerra hasta que ha conseguido derribarla en Francia por medio de una ley de divorcio, tras de la cual se han presentado en los tribunales más de tres mil demandas de separaciones de matrimonios.

—Pero...

—No hay peros, ni peras. Sigue contestándome. ¿La moral es buena?

—Mi amo ¿es que quiere V. burlarse de mi? Había de ser mala la *norma del bien obrar*.

—Pues no te estrañes, Blas; porque de esa *norma del bien obrar* son tambien enemigos los masones.

—Eso ya es más gordo.

—No lo creas. Lo gordo viene detrás. Y sino dime si el principio de autoridad es cosa buena, si el orden es cosa buena, si la verdad es cosa buena, si la pureza de costumbres es cosa buena y, para acabar pronto, si Dios es cosa buena.

—Pero mi amo ¿está V. borracho?

—Pues bien; oye á los masones de verdad, á los realmente iniciados en el secreto de las logias, no á los tontos de capirote que se contentan con hacer señajos con los dedos sin saber lo que se pesan, mientras cándidamente prestan su apoyo y su dinero para que otros suban; óyelos y verás como se explican sobre tales materias.

—¿Cómo se explican?

—Del modo siguiente. Mira lo que decían los delegados de las lógicas de todos los países, reunidos hace poco en el congreso Masónico.

«Es preciso *descristianizar* á Francia por todos los medios; pero sobre todo, ahogando poco á poco el catolicismo por medio de leyes contra el clero, y llegando así hasta la clausura de las Iglesias.

«En ocho años, gracias á la instruccion láica sin Dios, se tendrá una generacion atea y entonces podrá organizarse un ejército para lanzarlo contra Europa. El ejército será ayudado por todos los hermanos».

«En España, pueblo fanático y amigo de curas... es preciso... procurar la desconsideracion del clero por todos los medios, imputarle crímenes, incendiar y atribuirle incendios».

—Pero, mi amo ¿eso lo han dicho los masones?

—Sí; lo han dicho los masones, los inocentes masones; los que no se meten en religion ni en política. Pero sigue escuchando. Oye lo que á propósito de religion dice el célebre mason Castro en su libro de las liturgias.

Los verdaderos Masones, dice, no tienen Dios. La palabra Dios es una palabra desnuda de sentido. Es preciso que nos coloquemos no solo fuera de las diferentes religiones, sino tambien fuera de toda creencia en un Dios cualquiera.

—Pero, mi amo, eso será una opinion particular.

—¿Opinion particular? Pues escucha ahora la de setecientos delegados de otras tantas logias reunidas en Nápoles el 8 de Diciembre de 1869.

Considerando, decian, que la idea de Dios es la fuente y sosten del despolismo y de toda iniquidad.

—¡Atiza!

—Considerando que la religion Católica es la más terrible personificacion de esta idea. Los libre pensadores se imponen la obligacion de trabajar en la abolicion pronta y radical del catolicismo y en su aniquilamiento por todos los medios incluso la fuerza revolucionaria.

—Es decir, que se imponen la obligacion de sacarnos la fé del cuerpo á fuerza de bayonetazos en nombre de la tolerancia y de la libertad.

—Justito. Ahora oye á los masones de Suiza reunidos en 1865. El Dios de los masones, dijeron, no es ni Sustancia ni Causa, ni Alma, ni Creador, ni Padre, ni Verbo, ni Paráclito, ni Redentor, ni Satanás. Por lo demás, nada de altares; en la masoneria nada de sacrificios, nada de oraciones, nada de sacramentos, nada de gracias, nada de misterios, nada de sacerdotes, nada de profesiones de fé, nada de cultos.

—Es decir, nada de religion.

—Tambien puedes leer el manual Francmason titulado «La Voz del Oriente». La Masoneria y el Catolicismo, dice, se excluyen mutuamente. Suponer una Masoneria Cristiana, seria suponer un circulo cuadrado, y un cuadrado redondo.

En fin, y si te queda gana, puedes leer lo que decia el hermano Bruland en 1878. «Que era preciso levantarse... contra la supersticion de los sacerdotes; y que Roma, el ultramontanismo, la ignorancia, y todo lo que de ello se deriva sucumbiese para siempre.

—Déjeme V. respirar, mi amo.

—Respira, hombre; pero despues de respirar oye á Voltaire, al buen hermano á quien de una vez le dieron todos los grados de la masoneria, haciéndole perfecto mason, por los muchos méritos que habia contraído para con la sociedad.

—¿Y qué méritos son esos?

—El haber pasado su vida haciendo la guerra al cristianismo. Pues bien, este decia entre otras lindezas que era preciso ahorcar al último Rey con las tripas del último Papa. ¿Qué te parece esta opinion particular? Pues vé á continuacion la que emitia la instruccion secreta publicada por «La iglesia ante la Revolucion» tomo 2.º página 82. Nuestro fin es el de Voltaire y la revolucion Francesa. El anonadamiento del catolicismo y hasta de la idea cristiana.

—Es decir...lo de las tripas. Basta, mi amo, no se moleste usted.

—No, si no me molesto. Ahora oye al hermano Proudhon. La masoneria, dice, es la negacion misma del elemento religioso. Es decir, que nada quiere ni de Dios, ni de la religion.

—Bueno, mi amo; no es menester más. Si ya sé que la masoneria no tiene Dios.

—¿Quién ha dicho eso? Te equivocas. La masoneria tiene su Dios.

—¿Y qué Dios es ese?

—El Sol.

—Eso es guasa.

—¿Guasa? Lee la «Revista de los dos Mundos» periódico redactado por Renan, Taine, Litre y otros de la cuerda; y veas lo que dice en el número correspondiente al 15 de Octubre de 1863. El culto del Sol, dice, es el solo culto razonable y científico. El Sol es el Dios particular de nuestro planeta. Estas son palabras textuales del hermano Renan. Y, para que no me vengas otra vez con lo de la opinion particular, te citaré tambien las palabras que la masoneria dirige á los electos que van á iniciarse en el grado 3.º de Maestros. El Adonirán de la Franc-masoneria, se le dice, lo mismo que Ostris, que Mitrha, que Baco, que todos los Dioses célebres de los antiguos misterios, es una de las muchas

personificaciones del Sol. Adonirán significa en hebreo, camino elevado.... En todas las ceremonias que se hacen en la logia vereis siempre el mismo pensamiento. Así, nuestra asociacion se pone bajo la proteccion de San Juan, es decir de Jano, el sol de los solsticios; y por eso en los dos del año celebramos la fiesta de nuestro patron con un ceremonial completamente astronómico. La mesa tiene la forma de herradura, y figura la mitad del Zodiaco; y en los trabajos de las mesas ofrecemos siete libaciones en honor de los siete planetas.

—Pero, mi amo, eso es idolatría pura de la que se gasta en Oceanía. De ahí al salvajismo no vá más que el taparrabo.

—Te equivocas. Va solo el tapa porque el rabo ya hay quien lo tiene

—¿Y esos son los que no quieren ceremonias, ni cultos, ni fanatismos, como ellos dicen? ¿pues acaso puede haberlo mayor que venir ahora adorando al sol?

—Si que lo hay. ¿Tú has oido hablar de la misa del diablo? Pues santiguete que voy á referirtela: Durante las turbulencias de 1848 se descubrieron en Roma, dice Monseñor Segur, muchas reuniones nocturnas; y una, entre otras, en el arrabal de Trastevere, donde los adeptos, hombres y mujeres, se reunian para celebrar lo que ellos llamaban la misa del Diablo. Sobre un altar, adornado con seis cirios negros, se ponía un copon; cada cual, despues de haber escupido en el crucifijo y de haberle hollado con sus piés, ponía en el copon una hostia consagrada que habia recibido por la mañana en alguna Iglesia. Comenzaba despues cierta marcada ceremonia, y se acababa por mandar á todos que sacasen el puñal é hiriesen al Santísimo Sacramento con repetidos golpes; hecho lo cual, se apagaban las luces y concluía la misa. Estas prácticas pasaron de Italia á Francia, y llegaron á extenderse por Paris, Marsella, Aix, Avignon, Lion y otras ciudades.

—Es decir, por donde ahora anda el cólera. Pues entonces ya sé de donde salen los microbios. Y por cierto que si continúa V., mi amo, me vá á entrar á mí tambien cada microbio tamaño como el puño.

—Pues, hombre ¿no querias olfatear la masoneria?

—Pero no tanto; que esto es cosa de ahogarse.

—Pues aún te ahogarias más si me quedase tiempo para hablarte de la caridad masónica que por boca del hermano Ragon (curso de filosofia, página 358) llama á los masones pobres lepra de la masoneria. Y del hermano Bernonville que aconseja no se traigan á las logias sino gentes que puedan dar y no pedir. Y de la moral de las hermanas que segun ritual entregan la liga en señal de sumision para cuanto se exija de ellas. Y del discurso de Madame Boyer que en 1863 exclamaba en Gante: ¡No más moral! Y del hermano Lecoblé que en el seno de su logia aconsejaba con el mayor entusiasmo que se corrompiesen los corazones y se popularizase el vicio para matar el catolicismo y enterrar la Iglesia en el sepulcro. Y de los hermanos de la logia de Barleduc, titulada: La Regeneracion, que acaban de felicitar al hermano Naquet, sostenedor del divorcio en Francia, dirigiéndole una carta que ha publicado toda la prensa y en la que decian que el divorcio era el uso de una libertad; y que era la victoria de la razon sobre la ficcion religiosa, porque por ella las leyes divinas habian cedido el puesto á las humanas. Y, en fin, te hubiera hablado de la política masónica que segun el hermano Lefrancais miembro de la célebre Comune era igual á la de la Comune misma. Y, por último, de la fraternidad masónica que no deja el puñal de la mano, y que ha contado en su seno asociaciones como la de los solidarios que se juramentaban para no dejarse unos á otros recibir los últimos sacramentos á la hora de la muerte, si alguno se arrepentía como sucedió con el Sr. de Voltaire el de las tripas.

—Pero, mi amo, se necesita tenerlas muy gordas para todas estas cosas, y aún más para venir sosteniendo todavía que la masoneria es una asociacion santa y civilizadora y benéfica, y que el Papa no ha debido condenarla. Pero nada de esto me pasma; lo que me pasma es que aún haya hombres de bien, hasta cierto punto, que se traguen la pildora y defiendan la bondad masónica á capa y espada.

—Esos son los de la cabeza redonda.

—¿Y quiénes son las de la cabeza redonda?

—Los asnos como tú que, por seguir la moda, se dejan llevar del primero que les embauca, cargando sin saberlo con una albarda que les suele costar muy cara; como les ha sucedido á los muchos que en estos últimos años han muerto, víctima de las sociedades secretas, unos por dirigir sus puñales al pecho de los reyes, y otros por servir de carne de cañon en las revoluciones para hacerles el negocio á un puñado de truhanes de mucho talento y más perversion que son los que llevan en Europa desde hace muchos años el palo de la Gaita.

—¡Ah! ¿Con que la masoneria es una gaita que tiene tambien su palo?

—¡Ya lo creo que lo tienen! como que á él están agarrados en cada nacion los desalmados que, sin pararse en los medios, se han propuesto medrar y satisfacer sus malas pasiones á costa de la justicia, á costa de la tranquilidad de los pueblos, á costa de la verdad, á costa del bien y, en fin, á costa de los tontos, cuyo número es infinito.

De aquí que la Iglesia católica, madre cariñosa que vela sobre sus hijos como la gallina por sus polluelos, les haya defendido siempre contra el gavilán, dándoles el grito de alarma del modo que ahora lo ha hecho Leon XIII y antes lo hicieron sus predecesores; y de aquí el odio y la rabia que la masonería ha tenido siempre al catolicismo. ¿Lo entiendes? Blas.

—¡Bendito Dios! mi amo; parece imposible que esto no lo vean ciertas gentes.

—Pues hijo, ¿qué quieres? No lo ven. Así les canta el pelo que les canta. El mismo que cantaría al que pasase su vida soplando en gaita agena: que él hecharía los bofes para que otro sacase el provecho.

—Basta mi amo, despues de esta *metáfora* no se necesitan más explicaciones.

000.

LOS HIJOS DE SAN CAMILO DE LELIS Y EL CÓLERA.

Como saben nuestros lectores, las Hermanas de la Caridad han vuelto á entrar en los hospitales de Paris, y se dice que el Gobierno quiere llamar de nuevo á las Congregaciones religiosas expulsadas por la famosa ley Ferry, y todo en vista del cólera.

Esto revela elocuentemente cuánto vale la filantropía de los liberales, en el momento del peligro se guardan mucho de hacer el menor sacrificio, y piden á la caridad católica su apoyo.

Lo que puede la filantropía humana, se vió claramente en 1867. Estalló el cólera en Albano con verdadero estrago, y los primeros que huyeron fueron los farmacéuticos, panaderos y drogueros. El cardenal Altieri, obispo de aquella diócesis, al saber la triste noticia, corrió á la ciudad desgraciada para socorrer á sus ovejas: algunos amigos le aconsejaron que desistiese, siendo el peligro inminente. «No soy bastante santo, respondió el Cardenal, para creer que el Señor quiera hacerme la gracia de morir por el prójimo» y partió. Al llegar á su diócesis, vió cerradas las oficinas, abandonados los moribundos, y los cadáveres insepultos. Y no pudiendo él solo atender á tantas necesidades, pidió auxilio al Papa, y Pio IX le mandó una compañía de zuevos que el Cardenal llamó «una compañía de ángeles.» Estos jóvenes se sacrificaron heroicamente, haciendo todos, los oficios de panaderos, farmacéuticos y vendedores de comestibles. El Cardenal dió el ejemplo. A los pocos dias era víctima de la peste y era conducido al cementerio.

Cuando se mofan los incrédulos al oír nombrar á nuestros santos, deberian descubrirse é inclinarse, cuando ménos, por el amor al prójimo, en que todos sin excepcion se señalaron admirablemente.

Hace tres siglos murió S. Camilo de Lelis, y su caridad vive aun. Al subir al Cielo, dejó caer sobre la tierra su capa y fué recogida por sus Hijos, los cuales la tienen en grande honor á pesar de la ingratitud de los hombres.

En 1835, en que el cólera hizo estragos en Italia, los Hijos de S. Camilo fueron los héroes y los mártires de la caridad en todas las ciudades y pueblos apestados. En el archivo del Gobierno italiano se encuentran los testimonios de admiracion prodigados con mucha justicia á los *ministros de los enfermos* por las autoridades de aquella fecha, por la Junta de Sanidad y por los personajes más ilustres de Italia. Los cónsules alemán y belga declararon «que debian levantarse tantas estatuas en las casas de los *ministros de los enfermos* cuantos individuos las componian.»

Cárlos Alberto, cuando vió personalmente sus trabajos en el primer lazareto abierto en Italia para los coléricos, exclamó: «¡No me separaría nunca de una religion tan digna de admiracion y de gratitud!» El mismo elogio tributaba á los Hijos de S. Camilo, diez y nueve años despues, Victor Manuel, el cual maravillado de los actos de aquella Congregacion en el lazareto de Génova, no solo ensalzó su caridad sino que les mandó un ministro para asegurarles que estaba soberanamente satisfecho de su celo y caridad. Y Cárlos Alberto y Victor Manuel hacian coro con el conde Cavour, presidente del Ministerio, y con Urbano Rattazzi, ministro del interior, para ensalzar, tanto en público como en particular, á los *ministros de los enfermos*.

Todo esto no les libró de la espulsion. Ciegos como el cólera, los liberales los envolvieron en el general exterminio. Mas como el cólera ha abierto los ojos al Municipio de Paris, los hará abrir quizás al Gobierno de Italia. El Ayuntamiento de Roma los ha

llamado ya para el Lazareto de Santa Sabina, y la peticion ha sido acogida con mucho entusiasmo.

La caridad de los hijos de S. Camilo ha sido tan heroica y extraordinaria en las epidemias, que en tales circunstancias, ha sido el consuelo de los pueblos y el apoyo de los gobiernos.

Uno de ellos fué nombrado comisario de Sanidad, y tenia tales poderes excepcionales, que hasta le fué confiado el mando de la ciudad. Lo mismo sucedió con el P. Giampaolo Zatio en la ciudad de Imola, al cual fué conferido el derecho de juzgar las causas criminales: así consta por un Breve de Urbano VIII.

La desinfeccion, la limpieza, la fumigacion de las cartas y objetos procedentes de los puntos infestados eran confiadas á los mismos religiosos.

En las épocas de epidemia los religiosos de S. Camilo han tenido muchos mártires: 300 murieron en el servicio de los apestados en los tres cóleras últimos. En 1748 toda una comunidad de 24 religiosos pereció en Mesina sirviendo á los coléricos. En todas partes y en todas las calamidades públicas se han entregado á la muerte para salvar y cuidar á sus prójimos. Tanta abnegacion, tanta caridad no pueden apreciarla los hombres, ni imitarla jamás. Solo Dios es el que puede coronar en el Cielo los sacrificios de tantos héroes.

(De La Revista Católica.)

VARIEDADES.

PARALELO CRISTIANO. Ayer y Hoy.

AYER, si la vibracion
De la campana llegaba
Y á los fieles anunciaba
El toque de la oracion,
Una dulce sensacion
El espíritu sentía;
Su cabeza descubría
El niño como el anciano
Y la Salve del cristiano
A la Virgen dirigia.

Hoy, su lengua de metal
Con eco grave y profundo
Dice que se vá del mundo
Un desgraciado mortal.
Su sonido funeral
De pocos es escuchado;
El viento lo ha disipado
Sin que ni una voz amiga
En tierna plegaria diga:
«¡Que Dios te haya perdonado!»

AYER, el tranquilo hogar
Bajo su santa techumbre
Cobijaba una costumbre,
La costumbre de rezar.
Aunque era antigua y vulgar;
Al ménos una hora ó dos
El que rezaba iba en pós
De las virtudes del alma
Buscando dichosa calma
En las bondades de Dios.

Hoy no es fácil descender
A ese tormento diario:
¿Quién se ocupa del rosario
Teniendo tanto que hacer?
Solo tiempo puede haber
Para vestirse, salir,
Llegar al club, discutir
Entre vapores alcohólicos
De los errores católicos;
Y luego... á verlas venir.

AYER, de afanes prolijos
Un padre se desvelaba
Y cuidadoso guiaba
La educacion de sus hijos.
Los ojos del alma fijos
En la más sana moral,
Siempre amante, paternal,
Labraba un digno modelo;
Y el hijo, tanto desvelo
Pagaba en amor filial.

Hoy, ya es otra la cuestion;
 Porque al siglo diez y nueve
 No hay duda que se le debe
 Más sólida educacion.
 Reclama la ilustracion
 El libre *pienso* del dia:
 De cierta filosofia
 Profundizar el secreto
 Que niega al padre el respeto...
 Por la libre *autonomia*.

AYER feliz y dichoso
 El jóven su amor brindaba
 Y fé á una niña juraba
 Ardiente y respetuoso.
 Tímido, aunque impetuoso
 Por tan dulce sentimiento,
 Su vida, su pensamiento
 Daba al objeto querido,
 Sin que jamás el olvido
 Violara su juramento.

Hoy, las querellas de amor,
 Cuentan largo repertorio:
 Cada calle dá un Tenorio,
 Cada esquina un Trovador.
 Aparece un seductor
 Que con artera doblez
 Burlando la candidez
 De la débil juventud,
 Mancha, al manchar la virtud,
 Las canas de la vejez.

AYER, la moralidad
 Ofreciendo santo ejemplo.
 Hoy elevándose un Templo
 A la grosera impiedad.
 AYER, la fé y dignidad
 Perfumaban con su esencia
 La lealtad, la consecuencia.
 Hoy, se burla el sentimiento,
 Se proclama el descreimiento,
 Se escarnece la conciencia...

¡Pobre sociedad! Tú estás
 Empeñada en el sendero
 Cuyo incierto derrotero
 No te hará feliz jamás.
 Por él vacilando vás;
 Y es posible que al caer
 Puedas, ciega, comprender
 Un consejo que te doy:
 —¡Huye con tiempo del Hoy
 Y ampárate en el AYER!—

José M. Puche.

OBRAS SON AMORES.

No puede negarse que el catolicismo engendra héroes. Bien lo están demostrando hoy en Francia, con motivo del cólera, los católicos de todas clases y condiciones que con su conducta ponen de manifiesto una vez más que para hallar la verdadera caridad hay que buscarla en la religion del Crucificado; en esa religion con tanta saña atacada por los enemigos de todo bien, de toda verdad y de toda virtud.

Y por cierto que tal explosion de amor á Dios responde perfectamente al llamamiento de los preladados que, como el Arzobispo de Paris y otros muchos, se han dirigido al corazon de los fieles seguros de no hacerlo en vano.

«En presencia de tantos padecimientos, decía el Eminentísimo Padre Guibert, el corazon de los hijos de Dios debe abrirse á la compasion y á las inspiraciones de la caridad.»

Y en efecto, el corazon de los católicos no ha permanecido cerrado. Empezando por S. Santidad que ha enviado gruesas sumas á varias ciudades, y concluyendo por el general de los cartujos que acaba de socorrer á los pobres de Tolon con cuatro mil francos, cada cual ha hecho lo que ha podido en favor de las poblaciones infestadas.

Una noble marquesa, la Sra. de Bois Habert, abandona su elegante palacio de Paris y se viene á Marsella á asistir coléricos en cumplimiento de una promesa religiosa.

Los obreros todos de un círculo católico se ofrecen para servir gratuitamente á los enfermos.

Los sacerdotes permanecen en sus puestos, y los que están ausentes, como el párroco de S. Juan de Aries, acuden á correr el peligro y mueren en él.

En un solo hospital mueren varias hermanas de la caridad, ele-

vándose á más de treinta y tantas el número de las que fallecen por asistir á los apestados.

El P. Materon, Canónigo de Saint Denis, deja su residencia y se traslada voluntariamente á Tolon para crear un servicio de asistencia á domicilio para los coléricos que se niegan á ir al hospital.

El presbítero Boulanger establece en Marsella otra obra piadosa de socorro, y muere víctima de su celo.

Los preladados y comunidades religiosas de las ciudades no apestadas aún (Valencia, Irun, Fuente Rabia y Tortosa) ofrecen sus casas para hospitales y lazaretos, y sus bienes y sus personas para la asistencia de los enfermos mientras los preladados de los pueblos ya apestados como el de Arles y otros visitan á los coléricos en sus propias casas.

El Obispo de Marsella hace lo mismo llevando sus socorros personalmente á las habitaciones de los pobres enfermos, algunos de los cuales, por no ser llevados al Pharo, se esconden para morir tras de las puertas de sus casas cerradas con cadenas.

Es un cuadro triste y consolador á la vez ver tanta desdicha por una parte y por otra tanto heroísmo.

«¡Soy tan feliz con morir!» exclamaba un jóven capuchino en sus últimos momentos. Este soldado de la caridad se llamaba el padre Roggero y acababa de ser nombrado capellan de las hermanas del *Retraite Chretienne* donde hizo el cólera doce victimas en algunas horas. Tenía 37 años y rogaba al guardian que estaba á su lado que no pidiese por su curacion.

Aquel hombre sabia que moria por Dios y no queria trocar su muerte por todas las dichas de la tierra.

Es inútil que se cansen los enemigos del cristianismo y de las órdenes religiosas sus centinelas avanzados. Cuanto más se las persiga más grandes se harán; porque precisamente en los momentos de mayor peligro es cuando tienen ocasion de descubrir su grandeza.

¿Dónde hay una logia masónica de las miles que hoy llenan el mundo que haya abierto un hospital y puesto á sus hermanos de *mandil y triángulo* al lado de la cabecera de los enfermos?

Pues mientras eso no haga, y repita cien y cien veces á través de los siglos como hace y repite el catolicismo en todas las ocasiones que se presentan, sus palabras serán vanas y sus esfuerzos inútiles; porque el pueblo, desengañado ante la evidencia de los hechos, se acordará en seguida de que hay un refran que dice que *obras son amores y no buenas razones*.

000

MÁXIMA.

No hay mentira mas perjudicial que la verdad disfrazada.
 Caridad es perdonar, no transigir.

No pueden ser libres al mismo tiempo o los buenos y los malos.

No te empeñes en estar bien con tod o el mundo si quieres estar bien contigo mismo.

M. Tamayo y Baus.

El hermano Irlide, superior desde 1875 de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, ha fallecido recientemente en Paris. Dirigia 1268 establecimientos de enseñanza repartidos por todo el mundo, 11.888 hermanos y 4.761 profesos. En los establecimientos de la orden reciben instruccion *cuatrocientos mil* niños. El hermano Irlide, hablaba casi todas las lenguas vivas.

El cadáver expuesto en la capilla ardiente, sobre un modesto lecho blanco ha sido visitado por los arzobispos y obispos de Paris, Reims, Versalles y Orleans, y por gran número de personas notables de la vecina nacion, entre las cuales se encuentran muchos diputadas y dos ministros.

Suplicamos á nuestros lectores rueguen á Dios por este verdadero amigo del pueblo.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cént.	n

Por medio de corresponsal 25 cént. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, OBI-HUELA. En Madrid en la de la *Semaná Católica*, Villanueva, 5, bajo, y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.

Imprenta de Cornelio Payá, calle Mayor, 37.